



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1258

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11,25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor 24

MIÉRCOLES 4 DE NOVIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Florette rue Cassini 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 51.

DONDE MENOS SE PIENSA...

Salta una obra de caridad. Andando á caza de algo que nos diera ocasión de emboltronar unas cuartillas destinadas á llenar este sitio del periódico, nos sale al paso un asunto gratísimo en forma de encargo.

Varios contertulios de EL ECO, que tienen siempre el bolsillo dispuesto al sacrificio cuando de beneficiar á los pobres se trata, nos sugieren la idea de que escribamos este artículo invitando á una buena obra.

Vamos á entrar en el invierno, en la época del año que miran con terror los pobres, por que sobre no disponer de alimentación abundante, tampoco disponen de abrigo suficiente. Qué desconsuelo para esos infelices cuyas penalidades no acaban con el día sino que se empalman con las de la noche.

Tener hambre en esta población, cuya caridad es su mayor gloria, es harto triste; mas quien la siente encontrará siempre una mano piadosa que le dé una moneda de diez céntimos para comer en la Tienda Asilo. Lo que no encontrará tan fácilmente es quien le dé una manta para abrigar su lecho ó una prenda de abrigo que lo sustraiga al echarse á la calle de las frías caricias del viento. Esa es ilmosna cara que pueden hacerla contados individuos.

Y son tantos los pobres... Y es tan cruel el invierno... Y debe ser martirio tan horrible, tener sueño y no poder entrar en calor para dormir, que el pensar que hay ancianos sujetos á esas penalidades y niños que apenas nacidos á la vida carecen del calor preciso para con-

servarla, nos produce lástima infinita.

Lástima y descontento. Lástima, por que sentimos los dolores reflejos de esos pobres seres que carecen de todo. Descontento, por que no hemos llegado en punto á caridad á donde deseáramos. Cuando hablamos de los desvalidos nos acordamos de que tendrán hambre, pero pocas veces pensamos en que tendrán frío.

Los amigos que nos hablan de esto han tenido una feliz iniciativa. A ella se asocia EL ECO y al par que la aplaude de todo corazón, invita á contribuir á la buena obra á los que se encuentran en situación de hacerlo.

¿Queréis vosotros, los de alma sensible, mitigar el sufrimiento de las madres que ven acogojados llorar á sus hijos? Pues abrid un poquito la bolsa y dejad escapar una moneda. Daos el placer de enjugar lagrimas y acallar dolores, demostrando que el «amor al prójimo» es algo más que una frase bonita.

TIJERETAZOS

A los carteristas madrileños les ha tocado el premio gordó.

Este premio no es el de la lotería nacional, sino otro, en forma de cartera, que llevaba, no sabemos si á cuestras ó debajo del brazo un sujeto vecino de Granada, natural de Murus de Gamero.

La cartera contenía más de millón y media de pesetas en valores representativos de acciones del Banco de España y de una compañía azucarera.

Considerando que la cartera debía ser un fardo, por la cantidad de papel que contenía y que el bolsillo debía ser de colosal volumen, hay que pensar en cómo ostaría el hombre para que se la robaran sin notarlo.

¿Ni que estuviera muerto!

Después de todo ¿á quién se le ocurre viajar llevando en el bolsillo esa biscaña? Si el robo es cierto, ¿traya un golpe que ha dado el carterista!

Seguramente se habrá cortado la coleta y... ¿á gozar de los cuartos distanciándose de la guardia civil!

Del teatro de la Zarzuela ha sido retirada «La chica del maestro.»

Bien hecho: estaba produciendo escándalo y las chicas escandalosas caen bajo el dominio de la autoridad.

Lo raro es esto que copiamos de «La Correspondencia»:

«Dícese que entre los autores (de «La chica») y la junta directiva de la sociedad (de autores dramáticos) hubo anoche una enconada disputa; los autores querían retirar su obra y la directiva se empeñaba en que debían sostenerla en el cartel á todo trance.»

Esa directiva dirije los asuntos de un modo tan raro, que no parece sino que tiende á embarrancar.

Como se apercebían los morenos de que se les quiere tomar el tapé y se les hinchon las naticas, no son pocas ni pequeños los pateos que van á sonar.

Ya han echado al teso «La chica» y «La vuelta del rebato.»

Se continuará.

CURIOSIDADES

El yeso para destruir las ratas.

Se depositará en varios lugares sobre el camino frecuentado por las ratas una mezcla íntima de harina y de yeso, teniendo cuidado de dejar igualmente un poco de agua al alcance de las mismas. El yeso que se habrán comido con la harina produce los efectos de un veneno mecánico, pues forma al hidratarse una piedra que obstruye las vías digestivas.

Inconvenientes de la música.

Hacia su ronda el policía Brencke por la calle 1191, al Este, cuando atrajeron su atención unas melodías que salían de la tienda de un barbero italiano. Escuchó

atentamente el guardia y notó que las notas eran de la ópera «Valkar», de Wagner. Era el jueves á las dos de la madrugada. Brencke se hizo la siguiente reflexión: «Música á estas horas es bastante extraordinaria, y ópera alemana en la tienda de un italiano lo es más aún. Algo desusado debe acontecer.» Todo estaba cerrado; pero había modo de entrar por una puerta lateral, y entró revólver en mano. Dentro había dos individuos, uno de los cuales tocaba el violín, mientras el otro registraba los cajones.

Encaminados á la estación más cercana y al registrarlos á su vez, se hallaron en los bolsillos del que no tocaba dos navajas y un reloj de oro, pertenecientes al barbero.

Un antropófago en París

Se trata de un pequeño antropófago de trece años, originario del «Oubanghi.»

Ha llegado á París acompañado de otros dos negros nacidos en las riberas del Congo y Níger.

Conducidos por el explotador Bruumpt, preparador del profesor Blanchard y que formó parte de la misión del duque de Uxés, estos tres negros viajeros vienen á Europa para curarse de esa enfermedad que hace tan grandes estragos en las poblaciones africanas; la enfermedad del sueño de que se ha hablado tanto.

Su caso va á ser sometido á las grandes notabilidades médicas y el joven antropófago podrá ser curado y volver al «Oubanghi» con su familia á servirle de un alimento cuyos primeros platos suelen correr á cargo de los exploradores.

Los pigmeos.

La raza de pigmeos, estos hombreritos que hace largo tiempo se creían no existen más que en Yabula y en la fantasía, no ha desaparecido por completo.

El profesor Poucet, que ha hecho interesantes investigaciones con este objeto con M. René Leriche, interno de los Hospitales de Lyon, lo ha demostrado en la Academia de Medicina.

Estos dos sabios dividen á los enanos en dos categorías: una en la que se pueden clasificar los que los son por resultado de lesiones más ó menos bien definidas del esqueleto, y otra la de los individuos, en lo

que no aparece más que una dimensión de estatura respecto á un ser sano.

Estos últimos son los descendientes de los pigmeos que hace muchos siglos retornaron en el mundo, y que en la Edad Media existían todavía en pequeñas colectividades en ciertas regiones de Francia, Alemania, Suiza y otros países.

Y todo lo que la ciencia puede hacer por esos antiguos dueños del globo es denominarlos «enanos atáxicos...» Este es todo el remedio.

NEGOCIOS

Cataratas monumentales

No hay cataratas como las del Niágara, tan conocidas hasta de los niños de teta y se puede afirmar que ellas son las que «batieron» el record de lo maravilloso, como son una de las ocho famosas maravillas del mundo.

He ahí unas cataratas que no hay oftalmólogo que se atreva á «batir».

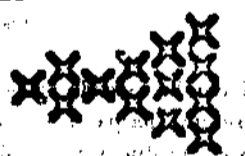
Y sin embargo, los americanos, que están resultando unas hormiguitas para su casa, están ya ideando la manera de aprovechar la inmensa energía que se produce en esos prodigiosos saltos de agua y que se está desperdiciando inútilmente.

Al efecto han constituido, según noticia más detallada que traen los periódicos una Sociedad, cuyo objeto es transportar esa energía á la mar de millas de distancia del punto de origen. Con cinco millones de dólares salen del paso, pues eso es lo que cuestan los gastos de instalación, y una vez en marcha el negocio, se convierte en un manantial inagotable de dólares.

Ni por un momento se puede dudar que los americanos saldrán adelante con su empeño. Son nuestros en el arte de utilizar cataratas.

Y para que el diablo no se ría de la mentira ahí, es decir, aquí está España, cuyas cataratas, en el último tercio del siglo anterior, daban en otro sentido, quince y vuelta á las del Niágara.

¡Vaya unas soñoras cataratas las españolas! Tan monumentales eran que todos



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



306 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

rado tenía una expresión de dureza que aumentaban el pañuelo de seda que cubría su frente y los dos grandes pendientes que descansaban en sus hombros. Su traje descolorado contrastaba con una caja de plata para tomar el rapé, y de su cintura pendía un manojo de llaves.

Tusió, tomó un polvo, volvióse hácia Rosalia que continuaba mirando con inquietud y le dijo:

—Ya estamos solas; ahora hablemos. ¿Es verdad que habeis querido ahogaros? y ¿por qué? Siempre terá por algun bribon de hombre.

Rosalía hizo una seña afirmativa.

—Siempre la misma canción. El Abadejo me ha contado que vuestro primer amor os plantó sin decirós si quiera: ¡Dios te guarde!

—Cierto. ¿Y Adrian como ha dicho?

—Si tal, y que él quiso ofreceros consuelo... Vaya, no hay que bajarlos para eso. Siempre es tiempo de arrepentirse de haberse portado mal con un amigo.

—¿Que quereis decir?

—Quiero decir que al veros Adrian ha vuelto á su antigua idea.

—¡Ah!

—Y puesto que habeis estado libre, todo se arregla-

DOS MISERIAS

313

justo desperdiciar tanta gracia de Dios.

—Y echó por su gagnate lo que había de gastar en una fricción mas.

Rosalía entró tanto se levantó con trabajo y preguntó donde se encontraba.

—En mi casa, —repuso la madre Lambrea; —os ha traído aquí el abadejo.

—¿El Abadejo?

—Si, ya sabeis Adrian...

Rosalía recordó entonces la aparición de este hombre en el momento de arrojarle al río y comprendió como había sido salvada. Busó con los ojos á Adrian en torno suyo, pero no estaba y en cambio se encontró con una mujer, cuyo rostro, aunque joven, estaba horriblemente estropeado, pero que no era desconocido á Rosalía; aquella mujer la conocía.

—¿No me reconoces, Rosalía? —murmuró con cariño.

—¿Marieta!

—La misma.

—¿Es posible? —exclamó Rosalía con agitación.

—¿Es vos Marieta?

—¿Tan cambiada me encontráis?

Rosalía no respondió.

—Por lo que veo, —repuso la madre Lambrea, —os encontráis entre amigos, porque el Abadejo, á lo que parece, también lo us.

312 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

—Aguarda: ¿no ves nada allá abajo?

—¿Junto al primer arco?

—Si.

—En efecto, hay una sombra.

—¿Maldición!

—Preciso es ver quien es.

La barca giró hácia el sitio en que estaba Rosalía; esta hizo un brusco movimiento para huir. La idea de encontrarse frente á frente con Adrian á semejante hora, el tenerle que explicar el motivo de su presencia, el miedo instintivo que le inspiraba el antiguo amante de Marieta, la vergüenza de su larga vacilación la decidieron. Corrió de nuevo al puente, cerró los ojos, lanzó un grito y se echó al agua.

Cuando recobró el sentido estaba tendida en un lecho miserable en un cuarto desconocido y rodeada de cinco ó seis mujeres estrafalanas.

—Ya abre los ojos, —dijo una de ellas.

—No os lo decía yo, —repuso una vieja que tenía en la mano una franela empapada en aguardiente; — con estas fricciones resucitan los ahogados, como decía el cirujano de nuestro regimiento.

—Pues continuad, continuad, madre Lambrea, —dijo una mujer pasándole un gran frasco de aguardiente.

—Ya basta, ya basta, —dijo aquella, —tampoco es